

Enseñar, y aprender, a leer ¿en la Universidad?

Teach, and learn, to read at the University?

Elena GUARDIOLA, Josep-E BAÑOS

Departamento de Ciencias Experimentales y de la Salud. Universitat Pompeu Fabra. Barcelona (España).

Autor para correspondencia: Josep E Baños. Correo electrónico: josepeladi.banos@upf.edu

Recibido el 1 de mayo de 2018; aceptado el 2 de mayo de 2018.

Cómo citar este artículo: Guardiola E, Baños JE. Enseñar, y aprender, a leer ¿en la Universidad?. Rev Med Cine [Internet] 2018;14(2):71-73.

*"Ensenyar literatura no és fornir un inventari de noms i títols,
sinó fer obrir els ulls i tractar de seduir
el nou habitant de la ciutat dels llibres amb nous valors"*
Maria Aurèlia Capmany¹

El Diccionario de la Lengua Española² nos dice que *enseñar* es "instruir, doctrinar, amaestrar con reglas o preceptos" y también "dar advertencia, ejemplo o escarmiento que sirva de experiencia y guía para obrar en lo sucesivo" y define *aprender* como "adquirir el conocimiento de algo por medio del estudio o de la experiencia" /.../ "fijar algo en la memoria". Y si buscamos *leer*, entre otras definiciones hallaremos: "pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados", "comprender el sentido de cualquier tipo de representación gráfica", "entender o interpretar un texto de determinado modo" y además, también, "descubrir por indicios los sentimientos o pensamientos de alguien, o algo oculto que ha hecho o le ha sucedido". Si la *universidad* es la "institución de enseñanza superior que comprende diversas facultades, y que confiere los grados académicos correspondientes", es lógico suponer que, obviamente, cuando un estudiante llega a la universidad, ya le han enseñado, y ha aprendido, a leer. Pero ¿es esto realmente así? ¿los estudiantes *saben* leer? ¿qué *hacen* los profesores? Estas preguntas se las han planteado en los últimos tiempos no pocos docentes y también muchos alumnos universitarios.

Aunque hay quien piensa que aprender a leer y escribir debe ser una actividad limitada a la escuela o al

instituto y que, una vez se acaban estos estudios, ambas actividades ya están suficientemente desarrolladas, creemos que si se piensa así se comete un grave error, ya que como en tantas otras actividades humanas, de leer y escribir no se llega a saber nunca lo suficiente. Son, además, dos actividades formativas que abren puertas intelectuales al diálogo, al intercambio y, también, pueden ser unas fuentes de disfrute inagotables³.

No hace muchos años, un estudio realizado en la Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación de la Universidad de Zaragoza concluía que el medio académico propicia más prácticas superficiales relacionadas con la lectura y la escritura que una verdadera formación destinada a que los estudiantes piensen críticamente⁴. Indicaba, asimismo, que lectura y escritura son fenómenos muy complejos que la prudencia, y el amplio desarrollo que han tenido desde múltiples campos de estudio, aconsejan abordarlas de manera interdisciplinar. También han surgido, en el propio contexto universitario, reflexiones que detectan problemas de comprensión e interpretación de los discursos escritos por parte de los estudiantes. Y se han desarrollado proyectos de animación a la lectura ligados a la universidad, por iniciativa de diferentes departamentos y servicios, entre ellos, las bibliotecas. Se ha hecho hincapié también en que las bibliotecas universitarias se impliquen en la tarea de extender el hábito de la lectura entre sus usuarios ya que en este ámbito pueden jugar un papel muy relevante⁵.

Como expone Martín Valduciel⁴, el carácter de necesidad respecto de la lectura y la escritura se establece desde una perspectiva académica pero también, y no menos importante, desde la consideración de que son estrategias fundamentales en la formación personal. Se ha visto que un buen manejo de los textos se relaciona con la obtención de buenos resultados académicos o, dicho de otra manera, un nivel lector escaso se asociaría a resultados académicos poco satisfactorios y con posibilidades de aprendizaje menos favorables. Un buen nivel de lectura y escritura favorece, además, que se elaboren puntos de vista personales y críticos frente a la realidad. Pero para que esto tenga lugar, a través de una lectura atenta, crítica y reflexiva, el lector debe interiorizar los significados nuevos para luego contrastarlos con sus conocimientos, compararlos y, según el caso, añadirlos a los que ya tiene o, tras su razonamiento, refutarlos.

Ramírez Leyva⁶ hace también referencia a que existe la convicción de que los alumnos cuando comienzan sus estudios en la universidad dominan las capacidades de lectura y escritura y que, en consecuencia, comprenden diferentes temas y pueden producir todo tipo de géneros. Afirma, sin embargo, que en los últimos años se ha comprobado que esas habilidades se deben seguir perfeccionando a lo largo del tiempo. Para conseguir esto último, muchas universidades han incluido en sus itinerarios programas para la mejora de la lectura, tanto académica como de esparcimiento, potenciando así el desarrollo de capacidades de comprensión, interpretación, pensamiento crítico e imaginación.

En este contexto, ante la necesidad de impulsar y difundir este tipo de proyectos de docencia, en 2006 surgió la Red de Universidades Lectoras (RUL) tras unos encuentros que tuvieron lugar en Badajoz, en los que más de mil personas se pasearon por diferentes espacios, asistieron a charlas académicas y participaron en distintas *performances*. Esta red es una organización creada por convenio entre diversas universidades europeas y latinoamericanas, con el objetivo básico de promover la lectura y la escritura en el ámbito de la educación superior; considera que, para la formación integral de los estudiantes, en la enseñanza superior es imprescindible el desarrollo de las competencias y habilidades de lectura y escritura y que las instituciones universitarias deben incluir en sus principios, y entre sus tareas obligadas, no sólo la alfabetización académica de los estudiantes, sino el pleno desarrollo de estas capacidades, haciendo hincapié especialmente en el pensamiento crítico y en el uso adecuado de las tecnologías de la información⁷.

En 2012, la RUL estaba ya integrada por 37 Universidades de España, Portugal, Italia y Latinoamérica y, tras reunirse en la Universidad de Cádiz, hizo una declaración en la que, entre otros puntos, decía⁸: “contraemos

nuestro mayor compromiso para potenciar la investigación, enseñanza, difusión y promoción de las prácticas escritoras y lectoras en todas las esferas en las que la Universidad tiene habilitados cauces”. Así, como reza en su página web, “desde una perspectiva ecléctica e integradora, la Red pretende esquivar las dicotomías tradicionales entre Ciencias y Letras o Tecnología y Humanismo, que tanto daño han hecho” /.../ “Todo ello integrando todos los recursos humanos, materiales e institucionales de las Universidades, su profesorado, alumnado, bibliotecas universitarias, etc.”⁹.

Recientemente se han publicado algunos interesantes libros sobre este tema. En 2015, “Tendencias de la lectura en la universidad”¹⁰ abordó, entre otros, temas tales como la lectura en el contexto de las nuevas demandas de la Universidad, el reto de la formación transversal o las creencias de los docentes universitarios sobre las prácticas de lectura y escritura; expuso, asimismo, experiencias de fomento de la lectura o de formación de lectores realizadas en diversas universidades y exploró el potencial de la biblioteca universitaria como espacio para la formación de lectores. Así, como respuesta ante múltiples desafíos, cada vez son más las instituciones de educación superior que innovan sus métodos pedagógicos, impulsan investigaciones y promueven programas de fomento de la lectura que buscan subsanar problemas de lectura, pero también persiguen un mejor nivel en la escritura, la comunicación y las habilidades informativas, aspectos que también forman parte de las actividades de difusión cultural y de la vinculación de las universidades con la sociedad. Partiendo de esta base, se propone que las primeras, desde su compromiso con la transformación y mejora de la sociedad, ofrezcan –por ejemplo, desde aulas de lectura– propuestas estables y dinámicas para el fomento de la lectura en la comunidad universitaria (en las que participan tanto estudiantes como profesores y personal no docente), a través de lecturas compartidas, así como para su proyección en el entorno a través de un voluntariado para la lectura¹¹.

Más recientemente, en 2017, “La enseñanza de la lectura en la universidad”⁶, ha hecho un repaso de las tendencias actuales, la lectura de textos académicos especializados, la promoción de la lectura por placer y de la lectura académica así como de diversas nuevas experiencias en distintas universidades, con la finalidad de que la lectura sea considerada una parte inherente del aprendizaje en el ámbito de la educación superior (“las exigencias en este nivel educativo requieren lectores maduros que emprendan los procesos de comprensión, reflexión, pensamiento crítico, imaginación, creatividad y evocaciones para producir sentidos y significados, a partir de su patrimonio lingüístico, sus saberes, su información y sus experiencias propias” dice⁶).

Una vez constatada la importancia de la lectura, muy especialmente en el nivel universitario, en el que ésta adquiere características particulares (como hemos comentado, se espera que los alumnos lean de forma comprensiva y crítica, de manera que puedan construir nuevos conocimientos a partir de un juicio lógico, que les permita resolver problemas y tomar decisiones), el docente universitario debería desempeñar un importante papel como mediador de la comprensión lectora¹².

Este papel adquiere especial relevancia puesto que los textos académicos y científicos a los que los alumnos se enfrentan en este nivel educativo suelen derivar de textos que no han sido escritos para ellos, sino que han sido pensados para conocedores de determinadas líneas de pensamiento, en otras palabras, para expertos. Por tanto, el alumno ya universitario debe llevar a cabo prácticas que no conoce al incorporarse a ese nivel de estudios. Es entonces cuando es primordial que los docentes, que son expertos en una disciplina y conocen a los autores y sus teorías, asuman un papel de guía para sus estudiantes; su apoyo debe ir desde enseñarles cómo pueden obtener y usar la información, a la recomendación de lecturas, la realización de seminarios o la enseñanza de herramientas para desarrollar su pensamiento de manera que puedan realizar las funciones de análisis y de síntesis que se exigen en la universidad. Para todo ello, el profesorado debe también tener suficiente formación en el conocimiento de las estrategias metodológicas adecuadas para el logro de estos procesos de enseñanza y de aprendizaje¹². Es importante que alumnos, docentes e instituciones se comprometan con esta tarea y, asimismo, que estas últimas apoyen la labor docente con acciones que promuevan que se alcancen estos objetivos.

Decía Maria Aurèlia Capmany (1918-1991), novelista, dramaturga y ensayista de cuyo nacimiento se cumple el centenario el próximo mes de agosto, que “enseñar literatura no es suministrar un inventario de nombres y títulos, sino hacer que se abran los ojos y tratar de seducir al nuevo habitante de la ciudad de los libros con nuevos valores”¹. Si hay un lugar en el que esto pueda conseguirse, éste es, sin duda, la Universidad.

Referencias

1. Capmany MA. Això era i no era. Barcelona: Planeta; 1989.
2. Real Academia Española. Diccionario de la lengua española. Edición del Tricentenario. Actualización 2017. <http://www.rae.es>
3. Editorial. Fonts: Butlletí del Centre d'Estudis Argentonins Jaume Clavell. 2001;7:3.
4. Martín Valdunciel ME. Leer y escribir en la universidad: tarea pendiente. *Álabe*. 2011;4.
5. Pérez Iglesias J. Leer en la universidad: encuentros y desencuentros bibliotecarios. *Educación y Biblioteca*. 2008;(165):64-68.
6. Ramírez Leyva EM. La enseñanza de la lectura en la universidad. México: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información; 2017.
7. Red de Universidades Lectoras. Carta de Passo Fundo. Passo Fundo: Universidad de Passo Fundo (Brasil); 2009.
8. Red de Universidades Lectoras (RUL). Declaración Universitaria Cádiz 1812-2012; Cádiz. RUL; 2012.
9. Red Internacional de Universidades Lectoras. Orígenes y filosofía inspiradora; 2018.
10. Ramírez Leyva EM. Coordinadora. Tendencias de la lectura en la universidad. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información; 2015.
11. Vázquez Medel M. Las aulas de lectura: una propuesta global para el fomento de la lectura en/desde la Universidad. *Álabe*. 2010:2.
12. Vidal-Moscoso D, Manríquez-López L. El docente como mediador de la comprensión lectora en universitarios. *Revista de la Educación Superior*. 2016;XLV(177):95-118.



Elena Guardiola es doctora en Medicina. Investigadora asociada en la Facultad de Ciencias de la Salud y de la Vida de la UPF desde 2007, se ha especializado en información, documentación y redacción científica, áreas en las que ha impartido numerosos cursos. Su interés por la relación entre la medicina y la literatura se ha plasmado en la participación en varios proyectos así como en la publicación de diversos trabajos.



Josep-E Baños es doctor en Medicina y profesor de Farmacología en la Facultad de Ciencias de la Salud y de la Vida de la UPF desde el año 2002. Ha sido vicerrector de Docencia y Ordenación Académica desde 2005 a 2013. Fue miembro del grupo que recibió una distinción de calidad a la innovación docente de la Generalitat de Catalunya por el empleo de películas comerciales en la docencia de la licenciatura de Biología en 2009.